COINCIDENCIAS





ENRIQUE REAL MAGDALENO

Al eminente publicista D.
Alejandro Guichot,
El autor

COINCIDENCIAS

A mi distinguido amigo, el laureado escritor D. José Muñoz San Román,

El Autor

PRÓLOGO



OS *encontrados sentimientos agitan mi espíritu al sentarme delante de las blancas cuartillas que imperturbables esperan, como el arpa de Bécquer, una mano que sobre ellas trace esos minúsculos signos, tan grandes en su pequeñez, puesto que materializan lo más portentoso de la Creación: el mundo de las ideas.*

Solicítame de una parte el deseo de corresponder en la medida de mi pobreza literaria, vecina de la indigencia, a la fineza del autor de esta obrita, con quien me unen vínculos de una amistad leal y cariñosa, nacida desde los bancos del aula en que juntos recibíamos las sabias enseñanzas de nuestros maestros, en aquella edad inolvidable en que las flores de la ilusión empiezan a cuajarse y la vida se presenta a nuestra mente como un venturoso Edén. De otra parte, me abruma el temor de que mi incorrecta y desmayada prosa ahuyente a

los lectores que se propusieran saborear las mieles de la poética narración de Real Magdaleno.

Con tales preocupaciones he permanecido indeciso bastante tiempo; pero recordando súbitamente que de ningún cobarde se ha escrito nada, me decidí, como César en ocasión memorable, a pronunciar el famoso y ya vulgarísimo Alea jacta est, *pasando, no precisamente el Rubicón, sino los muy graves apuros que a todo mortal cuesta el realizar un trabajo superior a sus fuerzas.*

El autor de esta obra no es un desconocido en el campo de las letras, y necesitado por ende de presentación. Son muchas las muestras que ha dado de su peregrino ingenio; y, reunidas en un volumen y desperdigadas por Revistas y periódicos, léense numerosas poesías que habríanle colocado en un plano no muy inferior al melancólico y malogrado poeta cuyo busto adorna el Parque sevillano, si el ultraísmo, *esa neurosis producida por una insuficiente digestión del pensamiento y de la técnica de Verlaine, no hubiese hecho tabla rasa con todos los valores poéticos anteriores a la aparición de tan grave y contagiosa dolencia.*

Como prosista, Real Magdaleno es un modelo de casticismo, no exento de los adornos propios de la época en que vivimos. Profundo conocedor de las lenguas madres a que debe su existencia la maravillosa y por ninguna superada en que fué escrito el Quijote, *posee un léxico abundante y preciso y una sintaxis limpia de solecismos y anfibologías; y, lo que es más meritorio en la hora presente, libre por completo de perniciosas influencias ultrapirenaicas. No carece de imaginación, aunque en él esta facultad hállase superada por el raciocinio, como corresponde a quien consagró la mayor parte de su existencia al cultivo de las ciencias abstractas.*

La obrita a que estas líneas sirven de prefacio, es un relato sencillo y emocionante de uno de esos episodios amorosos de que a cada paso tenemos noticias, y que a veces arrastran a los protagonistas a situaciones trágicas que ponen espanto en el ánimo de las multitudes. Leopoldo, el joven estudiante soñador y enamorado, es una víctima de la mujer calculadora y fría para quien el amor no es otra cosa que el camino que conduce al matrimonio, aspiración suprema de las que sólo ven en este vínculo el medio de emanciparse de la tutela paterna y disfrutar comodidades durante largo tiempo ambicionadas. No hay quien deje de sentir hondas simpatías por el valeroso muchacho que, después de sufrir una de las más horrendas crisis por que puede atravesar un corazón despedazado por los desengaños, lucha denodadamente hasta alcanzar el doble ideal de su vida: la decorosa independencia profesional y el amor de una mujer, que si en lo físico es un vivo retrato de la perjura, en lo moral sólo pueden asemejársele las palomas de los valles y los ángeles del cielo.

Creo firmemente que basta, y aun sobra, con lo dicho para preparar el ánimo del lector a quien supongo ya ansioso de deleitarse con las exquisiteces del estilo de Real Magdaleno, afortunado cultivador de la forma, y en quien la pluma es a las veces mágico pincel que reproduce, realzadas por los prodigios del arte, las maravillas de la Naturaleza.

MANUEL CONTRERAS CARRIÓN



RA Luisa una hembra de cuerpo espigado, cintura reducida, abultado seno, rojos cabellos, cara oval, blanca y encarnada, y donairosos ademanes.

En asfaltada acera de anchurosa vía, se la encontró Leopoldo, y la piropeó galante, sintiendo no poderla seguir, porque las clases le reclamaban, y para un estudiante pundonoroso, lo primordial es la obligación.

No se le desvaneció la imagen de Luisa, y mucho hubiera dado por requebrar de nuevo a su hada fascinadora; pero la carrera le absorbía todo el tiempo, pues electrizábale la comezón de vivir dignamente, desempeñando funciones beneficiosas a la humanidad.

Era perito químico el despabilado garzón.

Los porteros de aristocrático palacio tenían un hijo, honra, como Leopoldo, de las aulas médicas, y los dos se hermanaban, transmitiéndose opiniones y esclareciéndose dudas.

Bajo artesonada techumbre, rozando la baranda de artístico balconcillo, sentados estaban los aprovechados condiscípulos, dialogando respecto a cuestiones intrincadas.

De improviso se enderezó Leopoldo, viendo descender por alfombrada escalera a Luisa, que se les acercó, porque conocía bastante al otro alumno, a causa de venir con frecuencia allí a entregar primorosos bordados que encargábale la dueña del hotel.

De la plática arrulladora, nació el más grande afecto, y Leopoldo acompañó a Luisa al pisito en que con su madre habitaba, departamento monísimo, que se convirtió en remanso espejeante de amor, en el empíreo de un alma veraz, que con musicalidad trémula, hablaba a una virgen sencilla y brillante.

De un municipio rural, se encaminaron a la ciudad populosa, la viuda, que planchaba admirablemente, y su hija, experta bordadora en blanco, que enflaqueció abusando del bastidor, para coger en las tiendas irrisorias cantidades por adornar docenas de prendas, y le proporcionó su fama estar mejor retribuída hermoseando ropas de casas particulares, y así y todo, las diligentes operarias subsistían sin holgura.

Había enflaquecido aquella jovencita, que antes concurriera a fiestas campestres, rolliza, colorada, pareciendo primicia del boscaje, constituyendo viviente tono pictórico, cabe las encinas druídicas, dentro del carro orlado de ramas, jugando en la verde pradera y corriendo por vericuetos.

Crióse en un huerto cuajado de higueras, almendros y melocotoneros, huerto cuyas lindes adornaban rosales, huerto donde por tierra abonada y reblandecida, arrastrábanse mansos regueros del líquido restaurador.

Murió el buen hortelano, y su cónyuge desistió del arriendo, dedicándose a planchar, en tanto que enseñaban

a Luisa en la escuela de niñas las primeras letras y a bordar esmeradamente.

Ya mayorcita la simpática zagala, oyó a su paso chicoleos aduladores, se miró al espejo, y despertáronse en ella ambiciones de conquistarse con sus atractivos desahogada posición social, en una plaza de vecindario numeroso, exento en su mayor parte de prejuicios obstaculizadores, por razón del medio ambiente.

Diestra, avisada, instruidita, guapa, instó a su madre al cambio de residencia, y consiguió la proyectada mudanza.

Leopoldo, hijo menor de un comerciante regularmente acomodado, recibió educación nada vulgar.

Deleitábanle las materias sujetas a análisis y pruebas, apartóse de dañinas distracciones, patentizando su natural bondadoso con tan sana abstención: espaciaba su ánimo en frondosos lugares, en muestra de optimismo y devoción a la vida, y revelando con alta distinción sus variadas y notables cualidades, la música escogida, le impresionaba hondamente; la literatura selecta, le complacía, y le obsesionaba viajar y ver.

Su carácter se acrisoló: móviles elevados impulsaron su voluntad poderosa, la modestia le popularizó, y con su independencia robusteció su honradez.

Sin duda que un hombre de estas condiciones habría de ser herido más de una vez en su sensibilidad refinada: pero de suponer era que sus tenacidades sus abnegaciones y su idealidad exquisita, inutilizarían los ataques que la relajación y la envidia le inflingieran despiadadas.

Deploraríamos equivocarnos.

* * *

La imaginación de Luisa era muy práctica, gustábale charlar de lo que Leopoldo aprendía, descubriendo identidad de aficiones ligadora.

Enorgullecía a Leopoldo el amor de la arrogante doncella, y en el verano volvió gimiendo a su aldea, ceñida de castañares, esmaltados de ribazos esmeraldinos.

Aunque sus padres festejábanle la estancia con mimos que le enternecían, y las cartas de su predilecta le regocijaban por algunos minutos, la ausencia apesadumbrábale de seguida, y pasó las vacaciones taciturno, hasta que a fines de Septiembre vino junto a Luisa a reanudar las glorias que separados suspendieron.

Nubes plomizas se acumulaban en el horizonte de aquel cariño; que no era rico el laborioso varón, quedábanle tres años para licenciarse y la chica temía agostarse en temprana edad, asustábase de la miseria y padecía desmayos en su desgastadora y mal remunerada tarea, que a la sazón realizaba, sirviendo a una señora, unida un mes hacía con un primo hermano, viudo, listo, presentable y rumboso.

Asiduas lecturas de diarios y novelas, diéronle barniz de ilustrado.

Paseando Luisa, su madre y Leopoldo, se lo tropezaron. Les saludó y entabló con ellos entretenido palique, sin apartar su mirada de la rubicunda bordadora.

Fué antipático al amartelado escolar su peripuesto interlocutor; inspeccionándolo le extremeció diabólico presentimiento, perdió el imperio de sí propio, y hubiéranle trastornado radicalmente dramáticas alucinaciones, de no reintegrarle a la normalidad, misericordiosos y purísimos, los ojos de su amada.

Averiguó Leopoldo que el emperejilado caballerete era un hombre de torcido proceder, que hartó de sofocones a su antigua esposa, y casó con su parienta por participar de sus cuantiosas riquezas; que hurtando el cuerpo urdía a sus amigos jugarretas espinosas; que prometía el oro y el moro, retractándose en el momento crítico informal y desenvuelto; y traspasó estos pormenores a Luisa, que se escudó en inaplazables exigencias, para no rechazar ingresos legítimos, ajena a ruindades.

Verdad contenía el relato; pues hay viciosos que son violentos con los débiles, y débiles con los fuertes, de cuyas voluntades hacen por apoderarse manejando hipocresías melosas que, aclaradas se flajelan con desaires, en oposición a los cuales brotan las mayores felonías.

Por su parte, el intrigantuelo propalaba en torno de Luisa, a fin de que ésta las atendiese, falsedades contra Leopoldo, imputándolas al decir general, y aparentando dolerse de repetirlas, si bien advertía que empujábale a no guardárselas, la lástima que le inspiraba la apurada y fina trabajadora; que el sicofante, en su proceso de eliminación, no perdonaba medio de gestar disensiones, pretendiendo, cobarde, que la opinión le eximiese de pecado.

Crepitó indómito el hervor pasional del vehemente enamorado, cuando le previnieron que el administrador del odiado vivaracho, administrador que era un buen mozo,

cepilladito por fuera y zafio, inespiritual por dentro, demasiado servilón, no menos sibarita y nada meticuloso, quería conducir a Luisa pronto ante los altares, si la rifada soltera, siempre oficiosa y siempre recompensada exiguamente, le admitía relaciones, y hurgando Leopoldo pensativo, tocó algo siniestro, sospechó una maquinación oculta, capaz de sublevar al más adormecido, y desconcertado, cerró los libros.

Sufrió, sufrió ilimitadamente, porque su aspiración consistía en labrarse un porvenir envidiable para ser feliz con su idolatrada.

Estuvo en el pueblo, y los suyos le cuidaron desvelados.

No se confirmaba el rumor, no hay pesimismo absoluto, y aminorada su inquietud por calmarle la confianza que tenía en la virtud de Luisa, avergonzado de su flojedad, estudió con fruto, y trasladado a la urbe atrafagada, aprobó el curso en la Universidad sin ningún inconveniente.

La lucha por la existencia, salva o condena.

El administrador del ladino hacendado explanó sus pensamientos a la fatigada muchacha, que no los aceptó, pero oyó reconocida la declaración categórica; y un día, un día, acogió a Leopoldo arrebatadora, hecha un ascua de oro la blonda cabellera, fulgurantes las raptadoras pupilas, entreabiertos los frescos labios que contarneaban un beso enloquecedor, se le querelló de su suerte con voz desfallecida, balbuceó peticiones apremiantes y, por último, le atrajo, abandonándosele con tentadora dejadez.

Los grandes ojos negros del agraciado, fosforecieron; musitó turbado palabras incoherentes, la estrechó saltándosele las lágrimas, la besó frenético, y con el alma destrozada, se alejó de aquella casita.

¡Qué golpe se le había asestado y qué desesperación la suya!

Acostóse tiritante, insomne, y púsose después más sosegado a recapacitar que poseía una carrerita, y pudiera enlazarse a Luisa, reduciéndose ambos muy embarazosamente a lo preciso, hasta la futura reválida si la familia no se cansaba entre tanto de enviarle la misma asignación de sostenimiento; aunque de seguro, contrapuesta al ruego, fluiría explícita negativa, impidiendo la consumación de la descabellada ligereza, vivero probable de contingencias perjudiciales; más en las circunstancias entonces concurrentes abochornábale considerarlo, y reputó infame el lazo que se le había tendido, para que prisionero de lo ílícito, encubriese embobado dos infidelidades.

La impaciencia de la inconsecuente mujer, su avieso designio de legalizar inmoralidades, mediante el sacrificio de quien tanto la quería, exudaban egoísmo y perversión.

Sepultó el desafortunado su disgusto en vitalicio hermetismo, ni siquiera se matriculó, y huyó a su tierra a reponerse.

¡Pobre ave con las alas rotas, pobre desilusionado, que en la tristeza de las cosas se abismaba, llevando clavada inmerecidamente en su pecho, una daga florentina y en su faz descolorida, pronunciadas las huellas de abrumadora postración!

A la sombra de perales y cerezos se ensimismaba, el vuelo de los insectos, que zumbadores, rebotaban en el suelo mullido, le hacía sobrecogerse; languidecía su ánimo al oir el tañido de las campanas: de las algazaras jocundas emergían para él remembranzas de la dicha perdida y era el solitario de los berrocales, el que arrellanado por largos ratos

en las orillas de las fuentes, emitía suspiros ardorosos, y moviendo casi imperceptiblemente los labios, canturreaba acongojado la copla amarga de Augusto Ferrán:

Las penitas que se cantan
Son las penitas más grandes,
Porque se cantan llorando,
Y las lágrimas no salen.

Sin embargo, torrentes de oxígeno, alimentación nutritiva, delicadezas paternales y el bálsamo del tiempo le favorecieron, y en enero, ya más entonado, acudió a las clínicas a proseguir por enseñanza libre su preparación.

* * *

En las tardes de sol, por la plazoleta en que radicaba el domicilio de Leopoldo, bajaban muy compuestos a las afueras, Luisa y su esposo, el tranquilo administrador.

La depravación exhibíase vanidosa.

El mal, empleando imposturas, mañosas insinuaciones, compasión fingida y larguezas cautivantes, prosperó.

Un maridaje sin vínculos sentimentales es infernal, y el libertino, hambriento de inconfesables delectaciones, invade espacios vedados, creando afrentas y tejiendo dramas.

Una mujer de incompleta educación y tipo interesante, públicamente ponderado, no se resigna a oscuridad ahogada, y su fiebre de superposición y comodidades, atropella escrúpulos y consérvase altiva ante la murmuración acusadora de faltas, sin pruebas materiales de su comisión.

Exponía Luisa, que habíala determinado a variar de rumbo, el incalculado desvío de Leopoldo.

¡Sarcasmo repugnante!

Sobre ruinas destacábase la nefanda silueta del sátiro chismoso y desocupado.

* * *

Año y medio después, hízose médico nuestro hombre y en concurso convocado por una compañía minera, obtuvo plaza, empezando a ejercer con plena conciencia de su misión, y por las profundas observaciones que verificó, por sus investigaciones científicas, y sus trabajos experimentales, dignos de alabanzas justas y alentadoras, y también por los módicos honorarios que cobraba, alcanzó crédito muy sólido: que si hay quien explota y engaña al prójimo, dánse al par caracteres comedidos, sinceros, y culminan sus cualidades beneméritas. Al denudador invierno, sigue la estación de los aires odorantes, de las avecillas cantarinas y los vergeles multicromos.

Entre rodales había un chalet, donde residía Emilia de perfil semejante al de Luisa, cutis rosáceo, negros cabellos,

ojos endrinos y buena estatura. Era hija de un respetable propietario.

Dos corazones palpitaron gozosos, aproximándose en una hora espléndida, cuando piaban los gorriones en los aleros, las hojas de las enredaderas chocaban como crótalos sutiles y un efluvio deslumbrador se mecía en la atmósfera serena.

Divisábanse en lontananza montículos cubiertos por la pálida verdura del olivo, cercana vegetación, denunciaba la incipiente poesía de la primavera, tempranos capullos coronaban las macetas, y el aura vagarosa, traía perfumes de las sierras floridas.

En resarcimiento de penas desgarradoras, apreciaba Leopoldo en Emilia, figura mirífica, maneras elegantes, abundancia de ideas peregrinas, y acendrada inclinación hacia él.

La conversación de Emilia descargaba de pesares el corazón lacerado de su amante, la inocencia de la pulcra joven le embelesaba, y su cariño producíale embriagadora felicidad.

Sobre lo tétrico flota la vida, la vida que reconstruye con la alegría del amor.

Emilia era una gala abrileña.

Tratáronse con intimidad honesta, y coincidieron sus espíritus.

Celebraron su matrimonio, y hay que decir en elogio de los casados, que su luna de miel persistía con indicios de luenga duración aun luego de nacerles una niña angelical, niña que tenía la mirada de su padre, y el semblante de la madre, y se desarrolló tan graciosa, tan afable, que a nadie esquivaba, y portándola de mano en mano, ganaba besos y exclamaciones de ternura.

La herencia prolongaba los poemas de su progenitora, de quien decíase, que siendo pequeña con la fantasía pletórica de leyendas referidas al calor de la lumbre, aguardaba la noche en que viajeros encumbrados, colocarían dádivas originales en el cestillo infantil, y al asegurarle que no vendrían los reyes orientales, y que no por eso carecería de objetos caprichosos, escudriñó melancólica senderos escarchados, porque adivinaba la compenetración de regalado, sentimientos del humano linaje, y ardía en ansias de saborear el esperado altruísmo, para que le atasen a los extraños, amarras de bien.

Lucen en la cara de la dulce esposa, líneas praxitelescas, astros rutilantes, sedosos pétalos de azucenas y rojos claveles.

En lo más recóndito de su sér, albérganse tersos candores, imágenes sublimadas, juicios ecuánimes, amores inefables.

Son visiones suyas, la tierra pensilizada, la familia instruída, el hombre recordando, que ha salido de las entrañas del hombre, y acuciada por su fervor perenne, sueña en un arte triunfador, de trazos imprevistos consustancial a multitudes conscientes, fijadoras de superlativas hechuras, en lienzos y maderas, en piedras y metales.

Su vida anterior fué un idilio, que en la alborada entonaba la canción del trabajo, al lado de los humildes tan protegidos por su corazón cristiano, en el intervalo somnolento de la cálida siesta se acogía a la sombrosa enramada, a oir el agua rebotar en cascadas sonantes, porque adoraba los movimientos hermosos, y al esconderse el sol en occidente, sentada sobre rústico banco, como los genios ejecutaba su descanso crepuscular entre palmas y flores.

*
* *

En población castellana, de denso gentío, propusieron a Leopoldo convenio incomparablemente más ventajoso, y marchó allá con su familia, su mobiliario, su biblioteca y su instrumental.

Antes que el prestigioso galeno, había llegado al mismo punto una entendida profesora en partos.

Era la matrona una preciosidad marchita; era Luisa, cuyo marido murió inopinadamente de un derrame seroso, y expulsada de un hogar, que mercenaria y cruda mancilló excesivamente, decidióse enérgica, y contando con algunos ahorros monetarios, no obstante antiguas disipaciones, con su propensión incontrastable y su perseverancia, habilitóse oficialmente para las manipulaciones de la seria profesión.

Pudo hundirla Leopoldo y fué imparcial su comportamiento.

Nadie pensó en que hubiesen mantenido comunicación pretérita, pues ni ella aludió al pasado de él, ni éste al pasado de ella.

Por segunda vez iba Emilia a ser madre, y deseando preservar a Leopoldo de otro desbarajuste temperamental, análogo al que le irritó asistiéndola en el primer alumbramiento, y desconociendo la borrascosa historia de los extin-

guidos amores, ordenó que Luisa le auxiliara en el trance peligroso.

Era refractaria, por pudibundez sexual, que reforzó educación muy rígida, a someterse al tratamiento de un tocólogo.

Imposible fué a Luisa eximirse y a Leopoldo estorbarlo, porque no les convenía rasgar el velo de lo retrospectivo, enredándose en narraciones comprometedoras para la desmedrada viuda, y dolorosas de todos modos para el honorable facultativo.

Luisa accedió reservada y animosa, no dudando de la prudencia y magnanimidad de Leopoldo, quien no desconfiaba de la competencia de su ex novia.

A la casa del médico, que era una vetusta mansión señorial, conducía una avenida, en medio de la cual alzábase un basamento de granito, que remedaba el tronco cortado de un roble y sustentaba soberbia taza de mármol, sobre la que gravitaba una escultura de mujer hermosa, con traje romano y lindos pies, de los que escápanse sendos chorros de agua vital.

Las comadres hallaban en Emilia rasgos de la estatua, y es que el acatamiento a las personas agradables, ramifícase notablemente.

Manifiestos un anochecer los síntomas inequívocos, entró en la alcoba de la enferma Luisa, quien multiplicándose previsora y maestra, facilitó el natalicio de un niño, que tomó en sus manos y depositó en la falda de una criada, mientras que confortaba a la parturienta y disponíala para el reposo.

Sentóse agitada, ceñuda, recogió el endeble cuerpecito, y al besarle el rostro, la acometió un síncope y hubo que

quitarle de los brazos al tierno infante y sacarla al aireado corredor.

Espesa niebla tapaba el cielo; un áspero vientecillo azotaba la virgen maleza, aturdía las flores con broncos ruidos y humillaba las espigas lozanas en los trigales de las vegas.

Temblaron los labios y los párpados de la traspuesta, e hizo Leonor que aspirase una leve dosis de éter, y mandó además suministrarle una taza de tila, que la pálida suspirante, bebió poco a poco, a medida que se animaba.

A la alta temperatura del dormitorio, atribuían el percance, y no era así; era que la entereza de Luisa se había quebrado; era la cólera de la derrota; era que la ciénaga enviaba desde su tábido lecho vahos mefíticos a la impúdica traicionera; era que le confundía la dicha vengadora de la agasajada pareja.

Sensibilizan a las almas esteparias, los insomnios terroríficos; los hechos que arrojan en la conciencia resplandores funestos, la perspectiva de una ruta guijarrosa, bordeada de abrojos y poblada de alimañas.

Remordimientos y temores debilitan extraordinariamente.

Interesarían muchísimo infinidad de episodios que transcurren inadvertidos; pero sucede, apesar de la indiscreción usual, que la suma de los secretos, excede significativamente a la suma de las franquezas.

Continuó Luisa por el tiempo necesario cuidando a Emilio y a su hijito.

Más adelante anunció un viaje, lo efectuó, y no han sabido más de ella.

Fatal destino el de los seres cuyos rastros bórranse sin que su desaparición preocupe.

Sólo Leopoldo recuerda calladamente a la fugitiva, dedicándola conmiseración.

A la luz del día y en las sombras, la tristeza llora y el placer ríe; que el escenario mundano es todavía más complejo que extenso.

Haber permanecido hipócrita acá y acullá, haber escuchado improperios y soportada despreciativo silencio e ironías justicieras, ser un desecho del hastío ¡qué horror!

Sembrando maldades, no se redondean sueños de regalo y de triunfo.

*
* *

Vive el matrimonio contentísimo, con su bonita prole, y algún verano que otro dirígense a las riberas del Cantábrico, a una playa semicircular que bate el mar con albas crenchas, dibujando brava curva nacarada.

Sopla allí con dureza el ventarrón furioso y gruesos nubarrones encapotan el firmamento: pero en las tardes despejadas, el azul de la bóveda celeste, el azul del Oceano, y el verdor de las cumbres, componen con sus coloridos, cuadro encantador.

Retozan los nenes ufanos de su motilidad.

El niño muestra una inteligencia despierta, es un manojo de nervios, y un corazón generoso.

Otros estíos, van a la aldea natal de Leopoldo, en la que nunca nombran a Luisa, o visitan el territorio minero,

cuna de Emilia, territorio por el cual serpentea la vía férrea, contigua a un riachuelo, en cuyas márgenes lujuriosas, crecen árboles madereros y frutales.

El mar con sus olas de blancos penachos, recrea a la venturosa madre, y en los sitios del interior, preside Emilia rosaledas y plantíos, siendo doblemente estimada por su físico maravilloso y su bondad sublime.

Afirma Leopoldo su paz espiritual insistiendo en el deber.

Seráfica es su caridad para con los indigentes averiados de salud, y su compañerismo es correcto, grave, deferente, sin componendas perjudiciales; pues tiénese ante todo, por invulnerable sacerdote de la ciencia.

Embota comentarios acerados, su rectitud de marfileña resistencia.

El caciquismo gira alrededor de alambicamientos sugestivos, utiliza filosofiasmos embrolladores, queriendo descoyuntar concepciones motrices, y circundado de miopes, que no viendo claramente lejanías, jamás caen en la tentación de comparar, desacata los intelectuales, cuando le turban presentimientos de impotencia, dimanantes de objeciones socavadoras, y por rebeldes, sentencia al olvido a las voluntades briosas; pero se ha doblegado a Leopoldo, considerándose pigmeo, para destruirle su ascendiente insólito.

Emilia y sus hijos, le magnetizan amorosos.

La belleza mejora la existencia.




M. CARMONA - SEVILLA